

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

---

---

Año XXV      Septiembre-Octubre de 1948      Núms. 279-280

---

---

EDITORIAL

## El cuento chileno

**C**HILE país de historiadores», es una frase que se oyó repetir muchas veces en los comienzos del siglo. La frase tenía su tonillo impertinente y despectivo, pues intentaba hacer creer que era éste, un país de gente sin imaginación; seca, rígida, documental. Sin más vibración que la que proporciona una fecha, los detalles de un descubrimiento o una acción de guerra. En la actualidad, la apreciación es errada, pues el concepto moderno de la historia va por caminos que lindan y hasta se confunden, no pocas veces, con la creación literaria. Digamos, para confirmar el aserto, un nombre universalmente conocido: Stoddard. Y en Chile otro nombre que, con los mismos elementos que emplearon sus antecesores, le saca chispas y resonancias al viejo yunque histórico: Francisco Antonio Encina. Encina revoluciona los viejos métodos y la levadura de fechas, acciones, personajes, etc., tiene en su pluma una vibración pletórica de atisbos y de sugerencias en que re-



surge, con viva luz, la época pretérita y los retratos se convierten en seres que piensan y tienen pasiones, errores y generosidades. Es decir, la historia se transforma, de este modo, en relato animado y no en borrosas estampas, patinadas o desteñidas por el tiempo.

Decimos esto para aclarar conceptos que se han rejuvenecido. Pero en este país de historiadores se produjeron novelistas de tanto relieve como Blest Gana y poetas tan altos como la Mistral, Neruda, Pezoa Véliz y muchos otros que dan calidad y brillo al arte literario de Chile. Los nombrados pueden figurar sin desmedro en la primera fila de cualquiera literatura, ya sea del Viejo o del Nuevo Mundo. Y esto como floración espontánea de un país en el cual el artista no cuenta con protección de ningún género. En un país en donde habrán de pasar muchos años, antes de que el escritor pueda vivir exclusivamente de su pluma. Porque en Chile el escritor no respira aún el ambiente propicio para dedicarle a la literatura todo el esfuerzo de su inteligencia creadora. Hasta ahora vive desambientado y navega contra la corriente. Poetas y prosistas van creando la huella luminosa, viva y honda de la existencia de un pueblo, sin tener la consideración efectiva y afectuosa de la sociedad que les rodea y de cuyo estímulo necesitan para persistir en sus tareas.

Mas, pese a todas las circunstancias adversas, e desarrollo del arte literario ha tenido en Chile un proceso normal y una fisonomía que se puede identificar con nuestra transformación social. Lastarria, al fundar



la Sociedad Literaria en 1842, acontecimiento de singular importancia en nuestra cultura, incita a los escritores chilenos a inspirarse en los aspectos más característicos de la vida chilena y de su naturaleza. O sea en lo autóctono, para crear un arte propio que no tenga influjos exteriores ni sea una mala copia de otras literaturas. Pero pasa mucho tiempo antes de que las ideas y aspiraciones de Lastarria se puedan llevar a la práctica. El problema social que pone frente a frente a pipiolos y pelucones, conduce, por muchos años, el ímpetu generoso de numerosas inteligencias privilegiadas. Las contiendas políticas gastan la tinta y el ingenio de los hombres de letras que se ocupan en escribir toda clase de libelos, en los cuales se emplea la gracia, la agudeza y la pasión en la que se derrocha el talento.

La obra literaria de reposo, de madurez, comienza a dar sus frutos, a fines del siglo pasado. Liborio Brieba, Martín Palma, Ramón Pacheco y Daniel Barros Grez, escriben largos y amenos folletines en que el lector, encuentra interesantes detalles de la época. Sólo don Alberto Blest Gana, Moisés Vargas y don Vicente Grez, logran hacer obra de calidad. Blest Gana es el ameno historiador de los días de la Independencia. Moisés Vargas, el cronista que capta hechos y escenas de la clase media y del pueblo, con gran acierto. Y don Vicente Grez escribe novelas en que resaltan los terribles prejuicios de la época.

Poesía de calidad muy discutible, folletines trucu-



lentos y unas cuantas novelas, entre las que se salvan, con honra, las de Blest Gana, es el balance rápido de nuestra literatura en el siglo pasado. Cuando ya asoma el presente, aparecen, en Chile, escritores que intentan escribir cuentos como el «Taita Pedro», de Adolfo Valderrama, «El Valdiviano», de Arturo Gigovich y los relatos de Daniel Riquelme, escritos, estos últimos, más bien como anécdotas alargadas con cierta gracia, pero sin la trama ni la pulpa artística que confiere al cuento un carácter y una categoría literaria muy especial. Guy de Maupassant, el maestro insuperado en el género, nos señala en cada uno de sus cuentos, lo que éstos deben ser. Una novela en síntesis, con principio, medio y fin, en la que, sin embargo, es necesario manejar todos los resortes del arte literario: crear un ambiente, perfilar personajes y darles el relieve necesario, hasta que se produzca el drama, la tragedia o la carcajada.

El cuento chileno en el que ahora hemos espigado, tratando de mostrar los mejores, nace en este siglo, junto con la brillante generación de escritores en que están los nombres de Joaquín Díaz Garcés, Federico Gana, Guillermo Labarca, Baldomero Lillo, Augusto D'Halmar, Rafael Maluenda, Januario Espinosa, Eduardo Barrios, Mariano Latorre y Fernando Santiván.

La mayoría de estos escritores se sienten atraídos por la naturaleza, por la existencia rural. La lectura apasionada de los relatos de un cazador, de Turgue-



neff, los cuentos aldeanos de Tolstoi, de Chejov y de Gorki, que llegan traducidos a Chile, impresionan la sensibilidad de estos narradores. Pero, en verdad, algunos de ellos no describen el ambiente con los ojos puestos en una realidad conocida, sino dejándose guiar por la fantasía.

Díaz Garcés, idealiza al huaso en Juan Neira, Gana tiene de él una idea poética, un poco vaga y lejana de aristócrata o de patrón. Maluenda pone la nota colorida, viva, pintoresca. Labarca, un poco frío, escribe cuentos en que se advierte una elaboración un tanto artificial. Baldomero Lillo, imperfecto, lleno de dificultades de expresión, da la magnífica y poderosa nota de novedad y conocimiento directo, con sus mineros de Lota. Augusto D'Halmar, influído por Anderson, Ibsen y otros escritores nórdicos, trae al cuento chileno la fantasía, la irrealidad aérea, luminosa y musical. Mariano Latorre, Fernando Santiván, más discípulo de Zola que los otros, le dan al cuento una mayor consistencia de realidad observada directamente. En los cuentos de Latorre y Santiván ya se sabe cómo se llama un pájaro, una planta, un árbol o un objeto de los que figuran en el relato. Eduardo Barrios escribe sobre asuntos de la ciudad, en un estilo cuidado, cuyos personajes son de un mayor refinamiento en su manera de actuar. Januario Espinosa, también, toma sus asuntos de la ciudad y los narra en un estilo imperfecto que tiene, sin embargo, gran amenidad.



Un mayor conocimiento de la técnica, de la manera de envolver el argumento, de ambientarlo, se advierte en los cuentistas que vienen después y también, con el correr de los años, en los autores que se inician. Poco a poco van surgiendo nuevos nombres: Marta Brunet, Manuel Rojas, Olegario Lazo, Salvador Reyes, Luis Enrique Délano, María Luisa Bombal, González Vera. El cuento, en estos narradores, adquiere una mayor plasticidad, abarca nuevas zonas, y alcanza tal vez un ámbito más dilatado. Pero no superan a aquellos otros de la primera promoción. Algunos de esos pioneros del cuento chileno como Gana, Díaz Garcés, Espinosa, Baldomero Lillo, han muerto. Otros se dejaron llevar por la política y el periodismo. D'Halmar, Latorre, Santiván, siguen con la pluma en la mano. Otro tanto ocurre con el grupo que les sigue. Pero mucho menos esforzados que los primeros, pues dan señales de vida muy de tarde en tarde.

Afortunadamente, ahora, cuando ya nos aproximamos a la mitad del medio siglo, aparece otro vigoroso grupo de cuentistas en que se ve una decisión, una voluntad y una alegría de crear. Estos jóvenes artistas le han dado ya a la literatura chilena, páginas que habrán de permanecer. Su creación ha ensanchado el horizonte. Con ellos la geografía literaria de Chile, muestra regiones que nos eran hasta ahora desconocidas.

Oscar Castro (prematuramente fallecido), Francisco Coloane, Nicomedes Guzmán, Gonzalo Drago,



Luis Merino Reyes, Miguel Serrano, Andrés Sabella y muchos otros, nos dan a conocer la pampa del salitre, las tierras idílicas de O'Higgins y de Colchagua, el extremo sur de hielos y estepas donde se cría el ganado que se beneficia después en los frigoríficos; nos hacen ver los bajos fondos de la ciudad grande, como es ya Santiago y los profundos estratos del ambiente psicológico de la clase media.

Cincuenta años han bastado para convertir al cuento chileno en un árbol frondoso desde donde se divisan los más diversos panoramas: emoción, belleza literaria, nacimiento y destino del hombre en esta larga faja de tierra que se extiende entre el mar y la cordillera.

«Atenea», revista de ciencias, letras y artes, cree cumplir con una de sus más primordiales finalidades al ofrecer, a sus lectores, esta antología del cuento chileno y de este modo, servir a la cultura.

*Luis Durand.*